

Ant.— Marcho ya por la senda que a mis ojos se abre... sin llanto, sin amigos, sin esposo, sin paz... ¡Ya no podré admirar la luciente antorcha del día...! Muero y muero sin llanto. No hay amigo que me llore.

Sale Creón con su séquito.

Cr.— ¿No lo sabéis? ¿De qué aprovecha llorar ante la muerte? Si eso diera algún fruto, nadie pondría coro a su lamento... ¡Sacadla luego! Pronto la llevaréis a esa tumba de piedra que señalada tengo. Allí encerradla. Dejadla solitaria. Ella lo sabe: si quiere vivir por largo tiempo, que lo viva: si quiere morir luego, que muera. Sepultada estará de todos modos. Nosotros limpios estamos de esa mácula tocante a esta muchacha. No hacemos más que impedir que habite con los habitantes de este mundo.

Antígona vuelta al pueblo:

¡Una tumba! ¡Un tálamo! ¡Una honda caverna en la roca! ¡Esa va a ser mi mansión para siempre...! ¡Voy, voy... allí me esperan los míos! Muertos casi todos, ya están bajo el dominio de Perséfone. Ahora voy yo. Soy la postrera. Soy la más desdichada. Bajaré al Hades antes de que se cumpla el término de mis días en la tierra. Y ¿qué? Nutro la esperanza de ser grata a mi padre, de ser grata a mi madre, de ser grata a ti oh hermano mío amado.

Fuisteis muriendo a mis ojos. Yo lavé vuestros cuerpos con estas manos mías. Yo dispuse vuestras mortajas. Yo derramé sobre vosotros las rituales libaciones.

Y ahora tú, Polinice. Sepultado dejé tu cuerpo. ¿Ver qué premio recibo? Y obré bien. Todo el que piensa en juicio lo reconoce. Si un hijo hubiera sido —aunque no alcancé la dicha de ser madre— si fuera un esposo... ¿iba yo a dejar corromperse al aire su cadáver? ¡No me importa que las leyes todas de una ciudad me impidieran sepultarlo! ¡Lo hubiera sepultado!

Y de un hermano, ¿qué? Ah, si un marido me faltaba, otro podría lograr. ¿Me faltaban los hijos? De otro varón otros hijos tuviera... Pero un hermano, ¿cómo? Mi madre ya en el Hades reposa y mi padre también... ¿qué hermano nacirme podría?

Hermano, dulce hermano: eso pensé al honrarte con la sepultura. Eso pensando sigo. Y Creón me acusa de quebrantar las leyes, y me condena a la muerte.

Ya voy. Me llevan manos violentas. No probé el nupcial lecho. No oí los dulces acentos del canto de bodas. No supe qué eran caricias de un esposo. No gusté la dulzura de criar un hijo. Un hijo que crece a los felices ojos de la madre. Estoy sola. Ya no tengo amigos. Y voy a la caverna que habitan los muertos.

Ah, ¿qué divina ley he violado? Dioses, ¿a qué invocar dioses? ¡Por seguir su norma transgredí! Amigos, ¿cuáles? Si por ser amiga de los hombres con piedad fraternal voy a la muerte... ¡Este es el pago que se da al cumplimiento de las normas de la eterna justicia!

Los dioses lo han dispuesto... ¿Es así? Sea entonces. ¿Los hombres lo han tramado? No tengan mayor mal que el que yo soporto. Pero que lo tengan.

Corif.— ¡Ráfagas son aún del mismo vendaval: hacen turbiones en el hondo seno de su alma!

Cr.— Vamos, qué lentitud... ¡Pronto, guardias! ¡Llanto os va a costar vuestra renuencia!

Ant.— Ay, ay de mí. Junto a la muerte estoy.

Cr.— No tengas confianza. No seré yo quien te mude la situación.

Ant.— Tebas, ciudad de mis padres. Dioses, tronco de mi progenie... Me llevan al fin. Es cierto. Nobles de Tebas, advertidlo! Último brote de la raza que en esta ciudad imperó. Estos son los males que sobre mí caen. Y fue mi crimen cumplir con los ritos de la sepultura, a impulso de mi piedad.

Sale llevada atada por los soldados.

Coro. Est. 1.— *Idéntica suerte le tocó a Dánae: dejó la luz del cielo por su cárcel oscura y tenebrosa. Estuvo en un sepulcro de vivientes. Y su tálamo fue ése.*

Oh niña, oh niña, ella también era de augusta progenie. En sus venas aún se conservaban las reliquias de aquella lluvia de oro, proyectada por Zeus. ¡Cuán duro y cuán secreto es el destino! ¡No hay lluvias, no hay tesoros, no hay baluartes, no hay negras aves que el ponto sacude que a dominarlo alcancen!

Ant. 1.— *También fue sometido a yugo el irascible y férvido en furioses niño hijo de Driante, rey de los edones. Era el que a Dionisio con insultantes y sarcásticos dicerios osó ofender. Y fue encerrado en pétreo calabozo. Y allí gota tras gota va desfogando su encendida rabia de orgullosa locura. ¡Qué tarde ha comprendido que es tremendo ofender al dios con sus injurias! Tuvo el intento de refrenar a las exaltadas bacantes y el ardor de sus fiestas orgiáticas y callar quiso a las musas amantes de las flautas.*

Est. 2.— *Junto a las aguas de cianeos, cabe las rocas del Bósforo que junta dos mares, y en el tracio Salmideso inhospitalario, vio Ares morador de esa ciudad, la doble y cruel herida que a los hijos de Fineo una cónyuge bruta y salvaje pudo dar, y con ella los dejó ciegos. Venganza claman aquellos ojos de la luz privados que las sangrientas manos y la vibrante lanzadera mataron para siempre.*

Ant. 2.— *En lágrimas deshechos lloraban doloridos su fatal infortunio. Su padre fue el causante: sus bodas provocaron el destino, por ser tan nefandas. Ella, la madre, era del linaje lejano en las edades de los Erectidas. Pasó su infancia y su niñez en las remotas cuevas arrullada por los estruendos de Boreas, su padre. El que en las tormentas vuela más que un corcel y alcanza excelsas rocas indomables.*

¡Hija de dioses era, pero vencida por las Moiras de interminable vida quedó por siempre, oh niña!

Llega el ciego adivino Tiresias conducido por un niño.

Tir.— *Príncipes de Tebas, común camino hacemos dos con la vista de uno solo. Tal es la suerte de viajar que a los ciegos les toca.*

Cr.— *¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?*

Tir.— *Voy a mostrarlo. Tú cree al adivino.*

Cr.— *Nunca hasta hoy he dejado tus consejos.*

Tir.— *Es por lo cual has regido la nave de esta ciudad.*

Cr.— *Lo sé, lo reconozco, es un beneficio.*

Tir.— *Pero ahora, sabe y nota: estás bajo el filo de la suerte.*

Cr.— *¿Qué? Me estremezco de horror a tus palabras.*

Tir.— *Vas a saberlo, con tal que des oído a los presagios de mi arte. Sentado en el vetusto sitial de mis auspicios estaba yo. Suelen allí acogerse todo género de pájaros. Cuando oigo un estrepitoso chirriar de aves desconocidas. Gritaban furibundas y por el ruido de sus alas advierto que se están desgarrando en lucha tremenda. Me llené de pavor. Fui al momento a ofrecer un sacrificio en el fuego de los altares. Ardía el fuego, pero no quemaba las carnes de las víctimas. Caía la grasa sobre las ascuas, subía un humo fétido, chisporroteaba, y la hiel escurría restallando y saltando en gotas encendidas. Y caída toda la grasa, quedaban los huesos de los muslos enteramente descarnados. No había presagios, la carne de las entrañas no daba indicio alguno, al testimonio de este niño, que me guía a mí, como yo guío a otros.*

Este es el mal que esta ciudad sufre por causa tuya. Nuestras aras están repletas de jirones de carne, que las aves de rapiña y los perros arrebataron al cadáver del infeliz hijo de Edipo. No quieren ya los dioses la ritual plegaria, ni la carne

de las víctimas. No dan ya las aves signos favorables en sus gritos. Se han saturado en el festín de las carnes y de la sangre de un muerto.

¡Ah, hijo... medítalo! Común es a todos los hombres cometer errores. Pero cuando ha errado, no es un hombre sin voluntad, ni sin bríos, el que hace por corregir su error y no se obstina en él. La obstinación es otro nombre de la estupidez.

Entonces, ríndete ante un muerto, y no hostigues más al que ha sucumbido... ¿Es una hazaña matar a quien ya está muerto? Con buen modo te digo que pienses bien. Dulce es recibir enseñanza de quien bien nos amonesta, si su palabra es provechosa.

Cr.— Oh anciano: ¡un blanco para dardos: eso soy para vosotros. ¡Arte adivinatorio: ¡aún a él habéis acudido! Un artículo de venta y tráfico soy para los de mi linaje: estoy en venta puesto. ¿Queréis ser ricos pronto? Comprad y vended electro de Sardes u oro de la India... ¡Todo, menos sepultar a ese muerto! No importa que al mismo trono de Zeus lleven las aves sus águilas las tiras de su cadáver destrozado... ¡tampoco así he de consentir en que se le dé sepultura! ¿Mancha? ¿cuál mancha? Para los dioses no hay mortal capaz de mancharlos.

¡Ah, Tiresias, Tiresias... a qué hondura pueden degradarse los mortales cuando visten sus palabras de ropaje bello y de fondo reprobable, por un vano interés de lucro!

Tir.— Ay, quién de los hombres, quién puede darse cuenta...

Cr.— ¿Qué pues? ¿Que es eso? ¡Dices lo trivial!

Tir.—... si a saber vamos, vale más que los tesoros todos.

Cr.— Tanto —creo yo— que el no tener discreción es la calamidad más grande.

Tir.— De ese mal, estoy seguro tú estás contaminado.

Cr.— Aunque tú lo merezcas, como adivino que eres, no he de dar ofensa por ofensa.

Tir.— Eso haces ya... ¿no dices que yo estoy mintiendo?

Cr.— ¡Raza vendida al dinero es la raza de adivino!

Tir.— ¡La raza de los tiranos por todo modo enriquece!

Cr.— ¿Eso dices? ¿No reparas que hablando estás con tu rey?

Tir.— Bien sabido lo tengo. Por mi medio has salvado esta ciudad.

Cr.— Sabio adivino eres, pero en maldades te complaces.

Tir.— Me fuerzas a que yo diga secretos que no debiera remover jamás.

Cr.— Dilos a la luz pública... ¿no te mueve ganancia?

Tir.— Voy a hablar. Lo que diga a ti te toca.

Cr.— ¿Así? Pero de mi no sacarás ganancia.

Tir.— Tenlo muy bien sabido. No ha de girar el sol muchas veces en su afanosa carrera antes que tú tengas que dar un muerto por otro muerto. Y ese será engendro de tu carne misma. Hiciste bajar al mundo de las tinieblas a quien es aún de los que viven a la luz: a un ser viviente has sepultado en una tumba. Y a un muerto lo retienes sobre tierra, sin honor, sin exequias, sin la veneración digna de los muertos. Posesión ya es él de los inferos dioses. Tú y los dioses mismos del cielo no tienen ya potestad sobre él. Esta es tu obra de exaltada soberbia.

Más ya te acechan las Erinas, lentas en vengar, pero seguras en la venganza. Ellas son protectoras del Averno y con ellas los dioses fraguan un turbión de infortunios en que vas a verte arrebatado.

Dinero has dicho: has pesquisas y mira si acaso hablo movido por cohechos.

Tiempo fugaz se escapa, no será largo ya: en tu palacio oigo lamentos estruendosos de hombres y mujeres. Contra ti ya miro revueltas las ciudades. Sus hijos fueron sepultados por perros famélicos, por aves de rapiña, por fieras montaraces... y con sus hediondas fetideces han invadido los hogares mismos de la ciudad.

Dices que te asestamos dardos: toma los que te dejo: en mi furor los arrojé directos a tu corazón... van rectos y entrarán en tu alma: no podrás evadir sus torturantes fuegos.

Niño, sácame ya de esta mansión. Que él haga valer su encono contra gente más joven: que aprenda a refrenar su lengua y a hacerla más pacífica; que sepa tener en el alma mejores sentimientos.

Sale Tiresias llevado por el niño.

Corif.— Oh rey, el hombre se retira tras dejar caer sus horrendos vaticinios. Negro era mi cabello y se ha tornado blanco y en todo ese tiempo jamás supe que resultaran falsas sus profecías para esta ciudad.

Cr.— Lo sé también yo mismo y tengo el alma perturbada. Terrible es doblegarme. Pero si me obstino, acaso es más terrible ir a dar en el escollo de la suerte infausta.

Corif.— ¡Prudencia se requiere, oh hijo de Meneceo!

Cr.— ¿Qué hay que hacer pues? Dilo: lo ejecutaré.

Corif.— Ve y liberta a la niña de su prisión sombría. Abre una tumba para el insepulto.

Cr.— ¿Eso sugieres? ¿Eso haces que conceda?

Corif.— Sí, rey... y pronto... veloces son los pies con que corren los castigos que los dioses imponen a quien tiene torcidos pensamientos.

Cr.— Ay de mí... ¡cuán costoso me es! Cederé al fin. Vana es la lucha contra la fuerza del destino.

Corif.— ¡Ve ahora, ve y no lo dejes a otros!

Cr.— Voy. Siervos, volad, corred apresurados a ese sitio, llevad vuestras azadas... Ya lo resolví, yo lo hice, yo debo remediarlo. Voy lleno de temores: es mejor rendir la jornada de la vida sometiéndose uno a las leyes establecidas.

Sale Creón con sus criados.

Coro. Es. 1.— Oh dios de muchos nombres, presea ostentosa de la ninfa cadmea, prole del trepidante Zeus, tú que a Italia tutelas y en los valles tortuosos de Eleusis a todos patentes imperas. Tú que en Tebas moras, la ciudad matriz de las bacantes, ¡oh Baco, junto al río rumoroso del Ismeno donde germinar pudo la semilla del feroz dragón!

Ant. 1.— A ti sobre el doble crestón de rocas, por donde en raudos giros bailan las ninfas de Corico, bacantes que en tus juegos te acompañan, te ven las llamas fumigantes y la fuente Castalia. Y a ti desde las cumbres que la hiedra enfestona de los montes de Nisa, y a ti las verdecientes riberas que las viñas engalanan, te envían a ver las calles de nuestra Tebas entre clamores del Evohé vibrante de tu culto sagrado.

Est. 2.— A Tebas amas sobre todas las ciudades, y contigo tu madre, la ninfa que hirió el rayo. Ve a tu pueblo abatido por un nefasto mal, ven a purificarlo desde el Parnaso augusto, o desde el estrecho que en rumores se rompe.

Ant. 2.— Iho, Iho, rey de los astros que exhalan fuego; tú que los coros nocturnos presides, niño, prole de Zeus, ven, ven ya; muestra tu rostro ceñido por el cortejo de tus Tiadas, que en frenéticas danzas giran sin cesar en torno de ti, oh Yaco.

Entra apresurado un mensajero:

Mens.— Vecinos de Cadmos y del templo de Anfión. No hay hombre que vaya a su vida recorriendo a quien yo me atreviera a alabar o a vituperar. La suerte lo levanta y la suerte lo hunde en la miseria. Hoy es feliz: mañana, desdichado. . . ¿Quién hay entre los hombres que descifrar pudiera el porvenir incierto de los mortales?

Creón inspiraba envidia — es lo que pienso yo—. El libertó la tierra de Cadmos de sus enemigos. El levantó sobre ella el cetro de su mando. El la regía feliz y era feliz circundado de sus hijos.

Y hoy todo pasó. . . Pues un hombre que perdió las dichas, ya no lo juzgo vivo; es un muerto que sigue respirando. . . ¿Qué importa que acumule tesoros mil en su palacio; qué importa que se exalte en el mando y la gloria de un tirano. . . si ya no tiene dicha y no sabe qué es alegría? Ah, no. . . yo ni una sombra de humo daría por el mundo entero, comparado con un instante de placer.

Corif.— ¿Pero que infausta nueva de nuestros reyes traes?

Mens.— Muertos son. Y los vivos son causantes de su muerte.

Corif.— ¿Quién mató? ¿Quién ha muerto? . . . ¡Declara!

Mens.— El que murió fue Hemón. Y murió a mano de su propia sangre.

Corif.— ¿Qué mano fue? ¿La suya? ¿La de su padre acaso?

Mens.— ¡El mismo por su mano, contra un padre asesino!

Corif.— Ah, vate divino. . . ¡bien diste la verdad!

Mnes.— Siendo tales los hechos, hay que pensar en las consecuencias.

Corif.— Mira, mira. . . es la infeliz Eurídice, esposa de Creón. Sale del palacio. Ha oído acaso vagas nuevas de su hijo. O viene al azar.

Entra Eurídice con sus criadas.

Eurídice.— Oh, cuántos estáis allí, ciudadanos. Un ligero rumor de vuestras palabras llegó a mis oídos, ahora que salgo a hacer mis plegarias a la diosa Palas. Iba a cerrar la puerta, cuando oigo un infortunio de los míos. Caí sin sentido en brazos de mis siervos, dominada por el espanto. ¿Qué hay, qué es? Decidlo de nuevo: no soy una ignorante del infortunio: bien puedo oírlo.

Mens.— Yo, amada reina, yo estaba presente. Lo ví y voy a decirlo. Nada de la verdad ocultar quiero. ¿Qué ganaría con disfrazarla, si al cabo se me hacía ver que había mentado, ante el testimonio de los hechos? Lo recto es siempre la verdad.

Pues bien. Yo fui el guía de tu esposo al punto final de la llanura en que se hallaba el cadáver de Polinice, ya por los perros desgarrado. Allí se detuvo. Invocó al numen de las encrucijadas y a Plutón para que apaciguaran su encono. Lavamos los despojos con agua limpia y los quemamos con ramas recién cortadas. Le alzamos un túmulo erguido en la tierra en que nació. Ibamos ya hacia el calabozo de piedra en que está encerrada la novia del Averno. De repente una voz resuena. Eran lacerantes alaridos que se clavaban en el alma. Uno de nosotros los oyó. Sa-

lían de esa cámara nupcial sin sepultura. Vino el que oyó y lo dice a Creón. Se va acercando este y pone atento oído a los gritos. De repente se para y lanza un alarido. Su grito partía el alma. . . "Desdichado de mí. . . ¿Es que soy adivino? Marchando voy ahora por el más doloroso camino de mi vida. ¡Ese alarido de mi hijo es. . . Hora, esclavos, corred, cerca, llegaos al sepulcro, removed las piedras, romped el muro, entrad y ved. ¿Es la voz de mi Hemón la que oigo? ¿O los dioses se burlan de mí?"

Nosotros obedientes seguimos sus mandatos. Llegamos, miramos. Allí estaba pendiente del cuello, de un lazo de fina urdidumbre. . . pero él, estaba abrazado al cuerpo de ella, por la cintura, y vociferaba sin freno contra los que le robaron a su novia por la muerte, contra su padre cruel, contra sus bodas, nefandas e infaustas.

Lo vio su padre, al fin y lanzó un gran gemido. Se abalanzó hacia él en tremendas exclamaciones. Gritaba a todo pecho. Ah, ¿qué hiciste, qué hiciste? ¿Qué te movió a esta hazaña lamentosa? ¿Qué maleficio extravió tu mente? . . . ¡Hijo, sal, sal. . . y te lo niego.

El hijo iba muriendo. . . revolvía los ojos y los clavaba en su padre, llenos de rabia. Le escupió después, Y ya, anhelante por la muerte, desnuda la espada. Trata de herirlo. Pero su padre se desvía. Hace a un lado el cuerpo. Quedó frustrado el golpe. Fue cuando él se echó furioso sobre su espada desnuda, se la clavó a sí mismo en medio de su costado. Y aún anhelante, antes de perder la vida, se abrazaba al cuerpo de ella y derramaba a torrentes su sangre por la boca y narices y con su púrpura bañaba las pálidas mejillas de la joven.

Allí están los dos. Uno junto a otro. Muertos están los dos. Ese fue su cambio siquiera allá en el Hades. Lo lograron al fin y su hecho es una eterna proclamación contra los hombres: ¡de cuántos males hay, el peor es la estulticia!

Se aleja la reina.

Corif.— ¿Qué presagiar podrías? Se fue la dama sin decir palabra.

Mnes.— Turbado estoy también. Yo me atrevo a pensar que, cuando sabe los infortunios de su hijo, no quiere hacer demostración pública de su dolor. Va a llorar con sus siervas en el interior del palacio su pena. Discreta es y la vida la ha enseñado. . . no es capaz de un error.

Corif.— ¡Yo no sé! Para mí un silencio de honda reserva es tan funesto como una algazara estrepitosa y exorbitante.

Mens.— Entremos pues, No vaya a ser que algo esconda en su dolido corazón en un secreto lamentable. Dices muy bien: un hondo silencio es digno de grandes temores.

Se va el mensajero. Llega Creón con su hijo muerto.

Corif.— Ah, pero ahora llega acá el rey. En su mano misma porta la prueba clara de una locura. Locura no de otros, sino suya propia.

Coro. Cr. Est. 1.— ¡Ay, extravió de mi mente que ha perdido toda discreción! ¡Ay mortal obstinación. . .! ¡Ya lo veis: el que muere y el que mata, una misma sangre tienen. . .! ¡Ay de mí, ruina causada por mis decretos funestos! ¡Hijo, hijo mío. . . florecías apenas, nuevo con nueva belleza. . . y la segur de la muerte te cortó. . .! ¡Ay, ay de mí: sucumbiste a la locura: no la tuya fue: la mía

Corif.— ¡Cuán tarde te das cuenta de lo que es la Justicia!

Cr.— ¡Ay de mí. . . la desdicha me hace aprender: un dios fue, un dios con peso enorme descargó sobre mí su azote y quebrantó mi cabeza. Un dios me ha empujado por caminos de brutal crueldad. Un dios ha pisado inclemente, anonadando bajo su planta lo que era mi dicha. . .!

¡Guay, guay, horrendos infortunios de los mortales!

Sale un criado del palacio.

Criado.— Oh amo mío, ya en tus brazos llevas el fardo de amarga desdicha: otra te espera si entras a tu casa. Lo verás muy en breve.

Cr.— ¿Qué hay? ¿Puede haber males aún junto a estos males?

Criado.— La madre de este muerto, tu mujer, en todo madre, ha muerto, por obra de sus heridas recién hechas.

Cr. Ant. 1.— ¡Ay, ay. . . impuro e infeliz puerto del Hades. . . ¿Por qué, por qué, te empeñas en aniquilarme? Y tú, funesto mensajero de desdichas, ¿qué es lo que estás diciendo? ¡Ay, a quien ya está muerto bajo el peso de su desgracia aún matarlo quieres. . . ! Pero: habla, ¿qué dices?, oh pobre paje, ¿qué nueva desdicha me traes en tus palabras? Ay, ay. . . ¡mi mujer degollada! ¡Un muerto en parangón con otro muerto! ¿Esa es mi triste suerte?

Se abre el palacio. En el fondo se ve el cuerpo de Eurídice rodeado de sus criadas.

Criado.— Vela: allí está; la han sacado de su cámara.

Cr.— Ay, ay, de mí: un segundo infortunio miro yo sin ventura. . . ¿Hay aún más azotes? ¿me espera nueva ruina? Tengo en mis brazos el yerto cuerpo de mi hijo, ay infeliz, y ahora, tengo ante mis ojos un muerto más. . . ¡Ay, oh madre infortunada, ay, ay, hijo mío!

Criado.— Fue ante el altar: se clavó una filosa daga: apagó para siempre la luz de sus ojos bajo la sombra inmensa de la muerte. Todo allí se acumula sobre ella; llora primero la gloriosa boda con la muerte de su hijo Megareo, que cayó antes, y ahora, llora la de este. Y al fin, contra ti levanta el himno de maldiciones por ser tú mismo verdugo de tus hijos.

Cr. Est. 1.— ¡Ay, ay de mí. . . bajo el pavor sucumbo! ¿No hay alguno que venga y cara a cara me traspase con espada de dos filos? ¡Infortunado yo, oh mísero de mí, ay, ay. . . en un mar de infortunios me sumerjo!

Criado.— Ella, al morir, te proclamó la causa de ambas desgracias: la de antes y la de ahora.

Cr.— ¿Cómo ella misma se mató?

Criado.— No bien oyó la muerte lamentable de su hijo, con su propia mano se asestó la puñalada debajo del hígado.

Cr.— Ay, ay de mí. . . Yo fui el autor de este crimen, ¿a quién podría jamás acusarse de él? ¡Yo, yo fui solamente, quien te quitó la vida, hijo amado, yo y nadie más. . . ! ¡Lo grito a todo viento! ¡Oh servidores, ya llevadme fuera: llevadme pronto. . . a mí que no soy nadie, a mí que no soy nada!

Criado.— Si ganancia haber cabe en el infortunio, ganancia es lo que pides, las desgracias más breves son las menores entre las desgracias.

Cr. Ant. 2.— ¡Venga, venga ya la muerte, la más hermosa muerte, la que me aporta el día final a mi desgracia, bien sin igual. . . venga, venga! ¡Qué no vea yo la luz de otro día!

Criado.— ¡Lo que ha de ser, será! ¡El deber nos empuja a obrar en el presente! ¡Lo que ha de ser, al porvenir le toca!

Cr.— ¡Nada pidas ahora: ningún mortal escapa al fallo del Destino incontrastable!

Cr.— ¡Sacad, sacad a este loco delincuente que te quitó la vida, oh hijo mío! ¡Y a ella también, y a ambos, sin quererlo! Ay infeliz, ¿a quién de los dos miro? ¿Adónde vuelvo ya mis pasos? Cuanto en mi mano había, funesto era, pero un azote de inmensa pesadumbre ha caído hoy sobre mi frente.

Entra al palacio llevado por sus criados. Ellos recogen el cuerpo de Hemón

Corifeo vuelto al pueblo.— Para la dicha tiene la primacía ser prudente y discreto. Es preciso para con los dioses nunca mostrarse impío. Grandilocuentes palabras jactanciosas grandes azotes del destino producen. ¡Ah, sola la vejez aprende a ser cuerda!

RESUMEN

La obra literaria es la proyección del hombre a través de las épocas, en diferentes manifestaciones artísticas, entre ellas la literatura. A través de la obra literaria, definiendo la causa de las mayorías, proyecta sus emociones y sentimientos, habla de los personajes míticos que han formado parte de su mundo externo.

A través de la historia, han aparecido diferentes obras clasificadas en los llamados "géneros literarios", nombre que designa al conjunto de obras con caracteres comunes.

Fue en Grecia y a través del filósofo Aristóteles y luego con Platón, como surgieron los géneros literarios, llamados: épico, lírico y dramático, palabras que designan los rasgos propios de cada uno. Así, la épica derivada del vocablo "epos" que significa relato o narración, agrupa las obras que hablan de un mundo pasado, lleno de personajes heroicos, ubicados en ambientes muchas veces increíbles. Dentro de la épica, encontramos epopeyas, cantares de gesta, fábulas, leyendas. . . Estos subgéneros con características particulares pero dentro de un terreno épico, al narrar **OBJETIVAMENTE** hechos y situaciones, además de hazañas de personajes.

La **Lírica**, vocablo que deriva de "lira" un instrumento musical con el cual acompañaban las composiciones poéticas los griegos, agrupa aquellas composiciones que proyectan las emociones, estados anímicos y sentimientos del poeta. Es esencialmente **SUBJETIVO**, pues se habla de lo personal e íntimo del autor. Finalmente, el género dramático, cuyo nombre deriva del vocablo "dramón" que significa "hecho representado", incluye aquellas obras que se representan, donde diversos personajes a través del diálogo proyectan la problemática del hombre y dan soluciones de diferente índole, según la obra en cuestión, o sea, tragedia que usualmente tiene un final funesto, de muerte y destrucción; comedia, una historia sencilla de crítica social o política para hacer reír como lo fue en sus orígenes, y con final feliz con problemáticas intrascendentes como la comedia actual; finalmente, el drama surgido en la época medieval, como una rama de la tragedia, pero ubicado en un mundo diferente, que no presenta al hombre enfrentado y dominado por